

La ciudad de los espectros

El solitario suplicio de los espectros

JONATHAN SÁNCHEZ OSPINA
Sakura, Manizales, 2020, 122 pp.

LA TRAMA de este libro es compleja, así que intentemos reconstruirla paso a paso. El protagonista, que es el alter ego del autor, descubre en su casa un umbral hacia lo desconocido, una puerta (sí, literalmente, una puerta antiquísima) hacia un sinnúmero de posibilidades y de otros mundos. Tan solo tiene que atreverse a atravesarla para encontrar una Manizales (la ciudad natal del autor) tenebrosa, helada y enmascarada. En un relato desordenado y frenético, nuestro autor esboza una ciudad llena de dolor, locura y muerte. Un espacio que logramos identificar por el nombre de sus calles, de sus almacenes, de sus nodos de referencia. Los cuatro protagonistas de esta historia (un hombre de treinta años, su pareja, su expareja y una niña) se ven obligados a atravesar varias veces el dichoso umbral hasta encontrar su verdadero destino. En esta novela corta, de algo más de cien páginas, se intenta diseñar como telón de fondo un mundo distópico, difícil, que no puede subsistir por sí mismo. Las vistas que hay detrás del umbral no son lo que se dice un paisaje alpino: patios estrechos, gente horrible, olor a mierda. Pero nada es comparable a esa generosa mediocridad que contiene el mundo entero. “Anclada en lo más alto de las nubes como salida de la realidad, Manizales es una ciudad confusa. Sus tormentas y despejados cielos varían de acuerdo al cambiante tiempo y temperamento de las personas que viven en ella” (p. 26).

A los manizaleños, los describe como personas:

[...] más gélidas y blancas, que aquella nevera natural, pues se creían nacidas de una aristocracia fantasmática, y como espectros, parecían deambular entre las calles, los restaurantes, las tabernas y los centros comerciales. Eran falsos. Se vestían cual maniqués, a la espera de un comprador desafortunado. (pp. 25-26)

Y apenas vamos por el tercer capítulo de la novela. Este es el tono de la ópera prima de Jonathan Sánchez Ospina (1989). Quienes a veces pasan por las páginas de revistas universitarias locales como *Cazamoscas* lo recuerdan por sus ensayos, en los que condimenta política y discusiones estéticas sobre la reproductibilidad del arte o de los discursos, complejidades que intenta matizar con un tono ameno y divulgativo. Y llamaba la atención por sus coqueteos con la música, su pasión purísima por la melódica y la composición, los escenarios donde acomoda su piano. Que interrumpiera su trabajo en el Internado Indígena de Siapaná, en la mitad del desierto guajiro, así sin más, sin mayores ceremonias y engolamientos, para darle forma a esta novela, una obsesión que se había adherido a su piel desde adolescente.

Un lugar de sombras –como explica Juan Gabriel Vásquez en su libro *Viaje con un mapa en blanco*–, con el tiempo nos damos cuenta de que esa es la verdadera razón por la que los escritores escriben sobre lugares de su infancia y adolescencia, y aun de juventud temprana. Escribe Vásquez:

[...] no se escribe sobre lo que se conoce y comprende, y mucho menos se escribe porque se conoce y comprende, sino justamente porque se da cuenta uno de que todo su conocimiento y comprensión eran falsos, un espejismo, una ilusión, de modo que sus libros no son, no podrán nunca ser, más que elaboradas muestras de desorientación: extensas y multiformes declaraciones de perplejidad.

Y la novela es una manera de conocer esas zonas oscuras que todos llevamos dentro. Una linterna para asomarse a los abismos propios.

Las 122 páginas de *El solitario suplicio de los espectros*, publicado por Sakura Ediciones, repasan sin compasión la vida atormentada de sus protagonistas desde que fueron violadas a los ocho o diez años por un familiar cercano, o desde que quedaron confinadas. No fue una vez, ni dos: fueron años de terror y miedos que las marcaron a fuego vivo en su madurez. Sorprende el ejercicio tan minucioso de reconocimiento temprano, de repaso por la tragedia y las consecuencias

de ese trauma tan radical, que puede romperle la vida a cualquiera. Los personajes no se presentan: actúan. Se regodean en sus heridas y se entretienen en revisar sus causas y secuelas, como los sobrevivientes judíos que visitan cada año lo que queda de los campos de exterminio. Aunque el libro no es una enumeración exhaustiva de vejámenes, quejas y venganzas. Lo es en parte, claro, pero también es un relato que invita a la reflexión, se pregunta por los abismos que pueden abrirse ante nuestros pies cuando abandonamos la comodidad de lo conocido.

En *El solitario suplicio de los espectros* la atmósfera es lo más memorable del argumento. Los 23 capítulos tienen el nombre de las zonas oscuras, y cada uno de ellos funciona como una bitácora de viaje: “La mente de Arturo”, “Un poeta inútil”, “Jugando con fuego”, “El deber, la lucha, la continuación”. Se dice que hay dos tipos de novela: las que ya saben la historia y aquellas que la van buscando. El libro de Sánchez se ubica en el segundo grupo, va buscando (se va hundiendo, para ser precisos) hasta edificar un mundo marginal acorde con su visión del universo, sus temores, angustias y obsesiones. Quizás la dispersión sea la trama del texto. Sus personajes caminan en los cruces casuales, como por las ramas de un árbol.

Al hojear el libro, que tiene una diagramación cómoda para la lectura y una fuente bonita con detalles bien puestos, encontramos obstáculos gramaticales y de construcción narrativa que hacen difícil a la novela tomar ritmo: el lector tropieza con alguna piedra en cada página; en un punto de la lectura se tiene la tentación de agarrar un plumón rojo y señalar los errores de tipeo o los de tiempos verbales. Son errores que dan cuenta de un proceso editorial descuidado y atropellado, de un libro publicado a las carreras. Faltó una segunda mirada, o mejor aún: una sacudida. Un punto de vista radicalmente diferente al del autor. Andrés Neuman dice que simular la aparición del punto de vista ajeno, antes de que se produzca el momento de la publicación, no es más que adelantarse a problemas que hubiera sido mejor conversar con los padres, con los amigos, con un buen editor. Los primeros borradores de una novela, al igual que las canciones que nos sabemos de memoria, nos suenan bien.

NOVELA		RESEÑAS
<p>Cuando la tormenta ha pasado y los personajes consiguen un poco de estabilidad, vamos por la página 70 y nos preguntamos si la van a embarrar otra vez. ¿Cruzarán el umbral para caer más bajo? ¿Resistirán la tentación de exterminar a los vecinos chismosos, a los padrastros inmisericordes, al pasado que los manipula como marionetas? No voy a contestar esta pregunta para no arruinar la lectura. Solo digo que con esa fragilidad que los personajes consiguen después de varios capítulos, y gracias a la familia, a la música, a los amigos del barrio, se ocupan de hacerle frente al pasado, más concretamente a sus miedos: los espectros, las golpizas, los abandonos, los juegos, el colegio. Y dan el salto al vacío o, para ser más precisos, atraviesan el umbral hacia un mundo más sosegado, luminoso, lleno de sonidos.</p> <p>Una lectura alternativa describiría este libro como el camino hacia nuestras sombras, y lo que hay detrás de las penumbras: monstruos, deformaciones, asuntos sin resolver desde la niñez, cosas pesadas.</p> <p>¿Por qué será que el sexo tiene tanto qué ver con la felicidad, pero a su vez con el sufrimiento? Del amor y el sexo nacen las personas, pero también mueren cuando existen la maldad y la traición. Pienso que el amor y el sexo huelen igual, son a la vez la vida y la muerte. (p. 108).</p> <p>Las páginas finales son un canto a la posibilidad de convivir con nuestra luz y nuestra oscuridad. Para conocer más la sombra detrás de la sombra.</p> <p>Detrás de su avanzar, una capa espesa de veneno manaba de su cuerpo y mente. El recuerdo se esparcía como la neblina que a veces suaviza la ciudad. Las cariadas ideas iban dejando que el claro de luna acariciara dócilmente el interior de la casa, pasando por el pasillo, hacía su pensamiento. (p. 121)</p> <p><i>El solitario suplicio de los espectros</i> es un libro con potencial. Va mucho más lejos que la enmarañada historia que cuenta. Muestra el dolor, la crueldad, la represión y las abrumadoras secuelas de los traumas tempranos, pero también el otro lado de la puerta, la compasión y la valentía. Y por eso es un libro que merece salvarse. Porque</p>	<p>en últimas es una historia de aleación interna. De redención a través de la familia, los vínculos, lo propio. Y es una invitación a conocer más de la historia que está detrás de nuestro telón, o peor aún, a nuestro lado.</p> <p style="text-align: center;">Fernando Salamanca</p>	